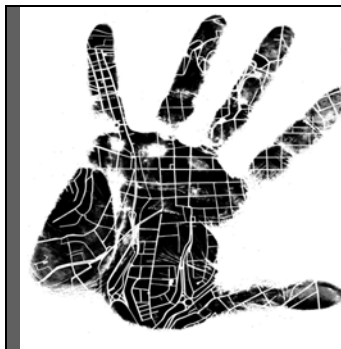




Jornadas. 8 y 9 de Julio, 2010. Málaga

REPENSANDO LA METRÓPOLIS. PRÁCTICAS EXPERIMENTALES EN TORNO A LA CONSTRUCCIÓN DE NUEVOS DERECHOS URBANOS

LA VUELTA AL PUEBLO. CRISIS DE URBANIDAD O RETORNO A LOS PRINCIPIOS

Salvador Moreno Peralta

Arquitecto urbanista

Línea temática

La ciudad ecosófica. Ecología ambiental, social y mental: sostenibilidad y *cuidadanía*

Resumen

Se está presentando interesadamente la actual crisis global como una crisis básicamente financiera,- intensa, pero al fin y al cabo pasajera- eludiendo el hecho más profundo e inquietante de que se trata de la crisis de un modelo de producción urbana basada en una forma de crecimiento y consumo imposibles. La sostenibilidad, sí, ocupa el centro del discurso político, pero su aplicación práctica no pasa de un catálogo de medidas correctoras a un mismo sistema de producción. Se argumenta aquí que la única salida posible para el problema de unas metrópolis apocalípticas pasa por la vuelta a las relaciones de proximidad, a sistemas de producción locales que reviertan en tejidos sociales locales y la aplicación de las TICs a modelos urbanos que reproducen las formas de convivencia de las abandonadas comunidades agrarias tradicionales.

El Centro de Estudios Andaluces es una entidad de carácter científico y cultural, sin ánimo de lucro, adscrita a la Consejería de la Presidencia de la Junta de Andalucía.

El objetivo esencial de esta institución es fomentar cuantitativa y cualitativamente una línea de estudios e investigaciones científicas que contribuyan a un más preciso y detallado conocimiento de Andalucía, y difundir sus resultados a través de varias líneas estratégicas.

El Centro de Estudios Andaluces desea generar un marco estable de relaciones con la comunidad científica e intelectual y con movimientos culturales en Andalucía desde el que crear verdaderos canales de comunicación para dar cobertura a las inquietudes intelectuales y culturales.



Las opiniones publicadas por los autores en esta colección son de su exclusiva responsabilidad. El uso de cualquiera de las imágenes incluidas en este documento deberá ser autorizado por el correspondiente titular del copyright.

© De los textos: sus autores.

© 2010. Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces. Consejería de la Presidencia. Junta de Andalucía

<http://www.centrodeestudiosandaluces.es/>

Prohibida su venta.

La vuelta al pueblo. Crisis de urbanidad o retorno a los principios

Hasta el advenimiento de la crisis planetaria en la que estamos sumidos, el proceso según el cual habíamos consumado hoy en el mundo la hipótesis formulada por Henri Lefèvbre de la sociedad urbanizada bien pudiera haberse producido con arreglo al siguiente **decálogo**:

- 1/ Sistema económico basado en el CONSUMO masivo de productos, no importa cómo éstos se hayan elaborado ni cuál hayan sido los recursos empleados.
- 2/ Incorporación al mercado de una ingente masa de consumidores gracias a los sistemas personales de comunicación que aumentan sus opciones electivas.
- 3/Aumento del nivel adquisitivo mediante la acumulación de riqueza generada por el crecimiento urbano y el desarrollo inmobiliario.
- 4/ Concepción del crecimiento urbano como un motor económico en sí mismo, es decir, el crecimiento como un factor estructural de la generación de riqueza y no como la consecuencia natural de la acumulación de ésta.
- 5/ Máxima concentración empresarial en los sectores estratégicos de la producción en un régimen transnacional y monopolista.
- 6/ Brecha cada vez más grande entre un primer mundo que detenta la alta tecnología y la capacidad de decisión y un tercer mundo concebido como granero y mano de obra barata para aquel.
- 7/ Transferencia de la producción tradicional o estándar de los países más avanzados a zonas menos desarrolladas pero con salarios más bajos, permaneciendo en los primeros las industrias de alta tecnología.
- 8/ Inserción del sistema de ciudades en un esquema mercantil fuertemente competitivo entre ellas con políticas internas que atienden más al marketing y al escaparate que a los equilibrios internos y a las necesidades ciudadanas.
- 9/ Altas concentraciones demográficas en megalópolis o en urbanizaciones difusas que exigen enormes desplazamientos motorizados, toda vez que las ciudades responden a modelos segregados, en donde las funciones básicas- residencia, educación, trabajo y ocio- se encuentran a grandes distancias unas de otras.
- Y 10/ En definitiva, generación de un sistema global de ciudades medias, ciudades grandes y megalópolis cuyas inmensas demandas de recursos, dentro de la globalización económica, provocan huellas cada vez más profundas y anchas, ecológicas y sociales, cercanas y lejanas, con una evidente pérdida de la calidad de vida en todos los sentidos.

Uno de los resultados de las últimas décadas de la modernización es la liquidación masiva de ciudades agrarias y tradicionales, con sus correspondientes sistemas productivos, y su sustitución en muchos lugares del mundo por megaciudades insaciables y en un crecimiento cuantitativo de difícil sostenibilidad. *(Nosotros tenemos un ejemplo cercano: esta megaciudad continua que constituye la Costa del Sol ha succionado recursos económicos y humanos de comarcas del interior, destruyendo unos modos productivos agrarios que no tendrían por qué*

haber desaparecido; antes bien, es ahora, en el epicentro de la crisis, cuando estamos empezando a comprender que si esos modelos productivos se hubieran reciclado y modernizado, ahora probablemente rendirían unos beneficios más estables y a largo plazo que los que ha dejado el negocio inmobiliario de la costa).

Ciertamente hace más de treinta años que se vienen produciendo hitos y eventos interestatales a lo largo de los cuales se ha ido perfilando un nuevo paradigma de ciudades sostenibles, por más que muchos de ellos se hayan quedado en su ropaje retórico, desde el informe del Club de Roma de 1972, la conferencia de Estocolmo del mismo año, el informe Bruntland de 1988 (donde se acuñó por vez primera el término Desarrollo Sostenible), la cumbre de Río de 1992, con sus conclusiones conocidas como Agenda 21, la Carta de Aalborg de 1994, el Hábitat II de Estambul y así hasta la Carta de Leipzig sobre ciudades europeas sostenibles de mayo del 2007. Pero ha sido la actual crisis financiera, la retracción del consumo y el aumento pavoroso del desempleo lo que ha impulsado ahora una conciencia de sostenibilidad, más que una comprensión profunda y ecológica de la destrucción del planeta. Se piensa que la crisis, con todo lo que de destructivo pudiera tener, es fundamentalmente financiera, es decir, que no hay dinero para hacer funcionar el sistema, pero no se acaba de entender que lo que ha entrado en quiebra es, precisamente, **el modelo socioeconómico y territorial en el que el mundo se sustenta**. Los gobiernos se aplican a medidas correctoras al final del proceso de producción y consumo, manteniendo intocables las causas que dan origen a la degradación ambiental. Ejemplo de los coches: el coche contamina por la emisión del CO2 de los carburantes fósiles, luego hagamos coches eléctricos eludiendo el tema fundamental que es la necesidad de que haya MENOS COCHES, ¿y por qué? Pues porque el modelo urbano sostenible, o sea HABITABLE, tiende a la plurifuncionalidad, la proximidad y la autosuficiencia de los lugares de manera que se minimicen los desplazamientos. *(Uno puede vivir en la globalidad, siempre que no pierda el dominio de la escala de su hábitat, de cuando la ciudad era algo que tenía unos límites comprensibles, inteligibles, anímicamente dominables...cuando, aún inmerso en lo GLOBAL, se pisaba el terreno seguro de lo LOCAL.)*

Intuimos que la ciudad sostenible- la ciudad habitable- es aquella en que cada lugar, cada barrio disponga de las condiciones de diversidad, de elementos de referencia, de identidad, de compatibilidad de usos, de espacios de convivencia y de niveles de autosuficiencia propios de la centralidad urbana. Cada lugar de la ciudad debe ser un espacio de centralidad, de manera que ningún ciudadano se sienta espacialmente segregado por su condición periférica, por la infradotación de los elementos significantes de la urbanidad como los equipamientos colectivos, y la hostilidad del propio medio hacia la convivencia vecinal. Y cuando el urbanismo moderno formula este propósito como la única forma de abordar los problemas de las grandes ciudades asfixiadas por una demografía apocalíptica, ¿a qué modelo está aludiendo? Pues precisamente al modo de vida de los asentamientos agrarios, rurales y tradicionales que el modelo económico urbanístico de la modernidad despreció cuando, tras los movimientos de los socialistas utópicos y el posterior de la Ciudad-Jardín, el urbanismo burocrático arrinconó los objetivos de ensamblar el campo con la ciudad, para sancionar la definitiva separación entre ambos, como dos conceptos refractarios y contradictorios estableciendo una dicotomía drástica entre el **universo**

urbano y el mundo rural; el universo urbano como escenario de las oportunidades y el mundo rural como un espacio pasivo, condenado a compensar y a soportar la huella ecológica de la gran ciudad. La propia legislación urbanística ha consagrado esa disyuntiva: **el suelo urbano como el *logos*, la razón, y el suelo No Urbanizable como el *pathos* de un mundo** agrícola y tradicional maltratado por políticas residuales e ininteligibles, un mundo sin voz confinado, en el mejor de los casos, a la condescendiente servidumbre de lo "típico", arcadia de consumo para urbanitas de capital, nacionales o extranjeros. Un mundo limitado a una exclusiva productividad agrícola sin que nadie se preocupara tampoco de aplicar innovación a los procesos de producción agraria y a la búsqueda de canales nuevos para la comercialización de los productos: al contrario, el campo ha sido con mucha frecuencia moneda de cambio en los grandes acuerdos comerciales en los que nuestro país se ha visto envuelto como precio por pertenecer a la comunidad internacional. El campo, las comunidades agrarias y los núcleos tradicionales han sufrido durante mucho tiempo un lento proceso de despoblamiento ligado a su desprestigio económico, social y territorial. La "lógica" urbana ha mantenido el mundo rural como unas reservas de identidad a la manera como se mantienen especies en extinción. Pero eso se ha acabado. No, el mundo rural y el medio natural no pueden seguir siendo hoy como el negativo de lo urbano: al contrario, en estos momentos de crisis pueden ser un venero de oportunidades si se abordan en positivo, buscando imaginativamente su propio papel en el contexto de un territorio globalizado del cual forma parte indisoluble: **una visión "activa" del mundo rural y no pasiva o prohibicionista**, que solo consigue hacerlo estallar por las costuras de la marginalidad, dejando muy contentos al legislador, muy ocupados al SEPRONA y muy preocupados a los alcaldes de esos núcleos agrarios y tradicionales, convertidos hoy, indiscriminadamente, en los malos de una película de la que no son, precisamente, los únicos protagonistas.

La crisis financiera ha sido también una crisis del sistema de valores y uno de los que se ha puesto en cuestión es el del engañoso concepto del **cosmopolitismo**. Parece que la alusión al cosmopolitismo, en su intrínseca excelencia, lleva implícita la velocidad, el cambio, el desarraigo, la no pertenencia a ningún lugar como un valor positivo, como si eso supusiera ser "ciudadano del mundo". Un hombre cosmopolita parece ser un hombre viajero, habitante de aeropuertos, de estaciones, transeúnte de fronteras. Pero una cosa es ser viajero y otra un desarraigado de cualquier lugar, un hombre sin referencias. Esto es un error. Nueva York, Berlín, Toronto, Montreal o Buenos Aires son algunas de las ciudades más cosmopolitas del mundo, pero también donde más se puede palpar el espíritu del lugar, de la saludable pertenencia a una comunidad. Se puede vivir en cualquiera de esas ciudades y experimentar las relaciones de proximidad, de convivencia, de sosiego y creatividad que propicia vivir en un barrio, en un núcleo tradicional o en un pueblo, donde todo el mundo se conoce, donde todo el mundo sabe hacer de todo, y donde no hay que coger un vehículo para ir de un extremo a otro para satisfacer unas necesidades primarias. Hoy el redescubrimiento de los valores de lo urbano está en volver la mirada a la calle, a la vivienda, a la calidad de los espacios públicos próximos, en los bares y lugares en los que, tras dejar el ordenador que minutos antes nos ha conectado con el universo, permitiendo trabajar a distancia, nos juntamos con nuestros semejantes para compartir con ellos alegrías e inquietudes. Es decir, el tipo de convivencia que propician los núcleos tradicionales y agrarios. Pero no hablamos de un ecologismo políticamente correcto ni de un "dilettantismo" de

urbanitas desencantados, como una reedición del movimiento "beatnik". El reto es más apasionante y de mayor calado: si el campo, **el mundo agrario ha sido lo OTRO, ahora es el paradigma de lo urbano y de la modernidad**, no sólo como un modelo de convivencia sino como factores alternativos y verosímiles de productividad, mediante la aplicación de las tecnologías de la comunicación, innovación y el conocimiento a recursos productivos ancestrales. Ante el desmoronamiento del modelo productivo planetario actual, como dice David Hammerstein en su magnífico prólogo al libro "Creando ciudades sostenibles" de Hervé Girardet, "existen miles de comunidades y grupos en todo el mundo que están inventando alternativas propias para la revitalización de las economías locales, y están proporcionando con ello más autosuficiencia e igualdad, más cohesión social y más democracia y protección ambiental que las que nos puede ofrecer el reino de las multinacionales. Estas tendencias hacia el enraizamiento y los flujos de dinero y recursos desde el tejido local y para el tejido local, favorecen el apego hacia las relaciones humanas cercanas y la solidaridad, ayudan a la creación de empleo local y formas nuevas de trabajo menos dependiente y más estable y, a la vez, en mayor armonía con los límites y oportunidades de los sistemas ecológicos". Hasta ahora habíamos asistido al irrefrenable proceso de urbanización del territorio y la depredación de los recursos productivos y humanos de las comunidades agrarias. Ahora hemos de pedir socorro a ellas para elaborar un modelo alternativo de crecimiento y de calidad de vida en el que rija el principio de concordancia entre lo local y lo global. Los núcleos rurales distan mucho de ser aquel sector primario de postguerra que la arrogancia urbana de las capitales ha fijado en la memoria. En los núcleos rurales lo **global**, a través de la pertenencia a la red, proporciona un acceso a las últimas técnicas y conocimientos para poder aplicar la innovación a los procesos productivos ancestrales. Y lo **local** nos enraiza en unas identidades que son absolutamente necesarias para desarrollar el sentido de comunidad y la estabilidad anímica del ser humano.

Termino con una referencia sobre la legislación vigente que creo ineludible. Acertadamente, el POTA, en el capítulo 1 de su título III "Estrategias de Desarrollo Territorial" expresa su inquietud por el despoblamiento y desertización de los núcleos rurales, la decadencia de las ciudades medias del interior y zonas periféricas y la tendencia general hacia una concentración de los crecimientos urbanos en el litoral y en los centros regionales, en detrimento de la Andalucía interior. Pero no se puede lamentar esto y asfixiar a los pueblos pequeños con esa mezcla de rigidez y ambigüedad que se da en los artículos 46 y 52 de la LOUA referentes al suelo No Urbanizable o en el Decreto 11/2008 de 22 de enero sobre limitaciones al crecimiento de los núcleos ("no se admitirán los crecimientos que supongan incrementos de suelo urbanizable superiores al 40% del suelo urbano disponible, ni los crecimientos que supongan incrementos de población superiores al 30% en ocho años"), una norma generalista que hace abstracción de las características concretas de los lugares, ya se trate de un pueblo del Andévalo, de uno del valle del Guadalhorce, del dinamismo fabril de la sub-bética o del desierto almeriense, ya estén aislados en los montes o dispongan de una autopista en su término municipal. La respuesta a esta contradicción no está, evidentemente, en construir miles de chalets ilegales sobre casa de aperos, pero antes de llegar a eso, mucho antes, porque hubo tiempo, alguien tendría que haberle explicado a los alcaldes cómo se superaba esa contradicción o, simplemente, posibilitarles por vía legal una salida que, actuando sobre el suelo rústico de una manera

controlada, permitiera la adopción de políticas activas, económicamente viables, para la mejora y regeneración del paisaje “vacunando” éste, de una manera definitiva, contra su ocupación extensiva e indiscriminada, pues el campo malagueño, en su rica diversidad de ecosistemas, depara otras productividades, no forzosamente agrícolas, sin dejar de ser por ello medio natural. Desde el punto de vista legal, está por llenar el hueco entre la norma de aplicación generalista y las características de lo concreto, y con frecuencia ocurre que las razonables oportunidades de determinados municipios no estén amparadas por la norma generalista y tengan que ser propuestas por la vía de la excepcionalidad. **Estamos ante la oportunidad de que sean precisamente los núcleos agrarios y tradicionales los campos de experimentación de un nuevo paradigma de crecimiento sostenible.** Desde el punto de vista urbanístico tienen que tener las características de escala, proximidad, autosuficiencia, belleza física, imbricación con el medio natural, plurifuncionalidad, pertenencia a la red, conexión con los grandes equipamientos comarcales y metropolitanos y comodidad de acceso a la capital que permita fijar a la población autóctona complementándola con una población nueva que encuentre en esos lugares una alternativa ventajosa, en lo que a calidad de vida se refiere, con respecto a las incomodidades de la metrópoli, sin dejar de estar por ello en los circuitos empresariales, comerciales o profesionales. Y desde el punto de vista ecológico, su sistema urbano habrá de funcionar como un sistema natural, esto es, que su ciclo metabólico sea **circular**, como el de la misma naturaleza. Como dice Hervé Girardet, “los ecosistemas propios de la naturaleza tienen un metabolismo esencialmente circular, en el que cualquier emisión generada por un organismo se convierte en una entrada que renueva y sostiene la continuidad de todo el entorno viviente del que forma parte. Todo el entramado de la vida se mantiene unido por una “cadena de beneficio mutuo” a través del flujo de nutrientes que pasa de un organismo a otro”; es el caso, por ejemplo, del pastoreo eficiente, la buena selección del rebaño que además crea un pasto apropiado para cada ambiente, “un pastoreo edificador de un césped renovable para dinamizar tanto la vida rural como el ganado en los parques naturales”, como explicaba en una entrevista reciente el nonagenario botánico Pedro Montserrat. Como los campos de la Toscana, el “countryside” inglés o los viñedos de Saint Emilion, nuestros pueblos y nuestros campos podrán crecer y alojar iniciativas novedosas generadoras de vida y empleo si su ciclo metabólico es también circular, para garantizar su viabilidad a largo plazo y la del medio ambiente rural de cuya productividad sostenida dependen.

(Cuando uno cruza la frontera de Irún puede ver que el campo del país vasco francés está más antropizado aún que el del país vasco español y, sin embargo, por qué el campo francés se muestra culto, hermoso y civilizado en su perfecta simbiosis de campo y ciudad, y el español se muestra agreste, chirriante y agredido, como si existiera un afán por hacer irreconciliables esos términos. ¿Cuándo nos íbamos a encontrar entre los viñedos de Peruggia una cacharrería o un cementerio de automóviles como los que podemos encontrar entre los viveros de Alfarnate, en la Costa Oriental malagueña, por ejemplo?)

Los productos de desechos urbanos, como los excrementos del pastoreo, deberán convertirse también en materias primas del sistema productivo mediante un reciclado cotidiano del papel, los metales, los plásticos o el vidrio, y la conversión de la materia orgánica, incluidas las aguas residuales, en compost que devuelva los nutrientes a las plantas en las tierras de cultivo de las

que estos pueblos se abastecen. **Crecer no es, pues, intrínsecamente perverso; sencillamente no es verosímil la hipótesis del crecimiento cero.** La hipótesis del crecimiento cero es de raigambre primermundista y colonial, que, como siempre, vuelve a ignorar todo aquello que no comprende. Desde luego no tendríamos valor para ir a plantear el crecimiento cero en la economía de Mali o de Somalia. Para eso ya está el Papa con la prohibición del preservativo. Lo que sí es planteable, o, mejor, indispensable, es que ese crecimiento se produzca de otra manera, un crecimiento que puede ser productivo y beneficioso si se hace en sintonía con los ciclos metabólicos de la naturaleza, es decir, devolviendo a la naturaleza lo que a la naturaleza le quitamos. No debiéramos, pues, cerrar sistemáticamente esa opción a nuestros núcleos rurales y a nuestros campos pues ellos, precisamente ellos, tras muchos años de ser los sufridores del sistema de producción imperante, reducidos al papel pasivo y satélite de soportar la huella ecológica de las grandes ciudades, ellos, los catetos, los expulsados de la razón urbana y del progreso, hoy, tras la crisis, irrumpen como los paradigmas de un sistema productivo prometedor, campo infinito para la aplicación de las nuevas tecnologías y modelo de una forma de implantación en el territorio que haga descender de lo virtual a lo concreto, y de una vez por todas, un concepto prematuramente gastado en su abusiva y retórica formulación como es el del **desarrollo sostenible**.

Apostillas contra las certidumbres de "La vuelta al pueblo"

Es bueno defender las opiniones con vehemencia, siempre que, en el fondo de nuestro espíritu, dejemos un sincero resquicio para aceptar la posibilidad misma de la contradicción. Hemos defendido que la posibilidad misma de vivir en una ciudad humanizada está en el hecho de que, por su tamaño, SE ENTIENDA. Hemos intentado teorizar que la alternativa a la crisis de las grandes ciudades con problemas que escapan a nuestra capacidad de comprensión radica en que, por enormes que sean, sepamos acotar en ellas unos entornos que propicien relaciones directas de convivencia, similares a la de los viejos barrios y los pueblos tradicionales, compatibles con las que se dan en el espacio cibernético. Como ha quedado dicho, ser moderno, hoy, significaría vivir la vida del pueblo EN la ciudad, entre el ordenador personal que nos conecta al mundo y el bar de la esquina donde se solaza nuestra peña de amigos viendo un partido de fútbol de nuestro equipo favorito.

Pero surge la duda de que, por muy coherente que resulte el razonamiento, no solucionemos la totalidad del problema reduciendo la ciudad a la escala de nuestro entendimiento. Y es que cuando la ciudad se "achica" conceptualmente, también se achican los mecanismos institucionales que la rigen, pues la ciudad es lo construido, la escena urbana, el continente... pero es también la organización cultural y social del contenido. Una cosa es la belleza del pueblo, y otra es la mentalidad pueblerina. Y es entonces cuando se despierta el pequeño monstruo del aldeanismo, la política de campanario, la preservación de lo habitual, el mantenimiento de la estructura que tiende a perpetuar el interesado bienestar de lo establecido, atrofiando nuestras inquietudes de búsqueda, de creatividad, de cuestionamiento de lo existente, cayendo en la parálisis de un conformismo esencialmente anticosmopolita. La discreta seducción de lo provinciano dentro de la sociedad de la información y las redes sociales puede llegar a convertirnos... en "cosmoprovincianos", y la llamada Aldea Global sea sólo eso: la globalización de una aldea. De ahí que en la vida como en el Arte, todo se paraliza cuando llegamos a entender lo que nos rodea, cuando dejamos de sentir la fecunda pulsión de lo desconocido, la curiosidad por lo que hay al otro lado del espejo de nuestro confortable mundo. Por eso temo la sobrevaloración de las identidades, la primacía coactiva de "lo nuestro", la suplantación de la Cultura -que entraña la búsqueda- por la repetición ritual de lo folclórico.

Vivir el pueblo EN la ciudad, sentir el espíritu del barrio en las megalópolis, es algo más que un artificioso recurso para conjurar la neurosis urbana de la que hablaba Alexander Mitscherlich. Es la posibilidad misma de poder seguir ejerciendo nuestra condición de ciudadanos en un mundo inabarcable... pero siempre que la escala de ese pequeño mundo físico no empequeñezca también la de nuestro pequeño mundo individual y creativo.